

**Ojalá escuchéis
hoy la voz
del Señor:
"No endurezcáis
vuestro corazón."**

Salmo 50-



Jueves XVIII
Tiempo Ordinario



**LA CONFESIÓN
DE FE EN
JESUS SE
AVALA CON LA
PROPIA VIDA.**



Mateo 16,13-23

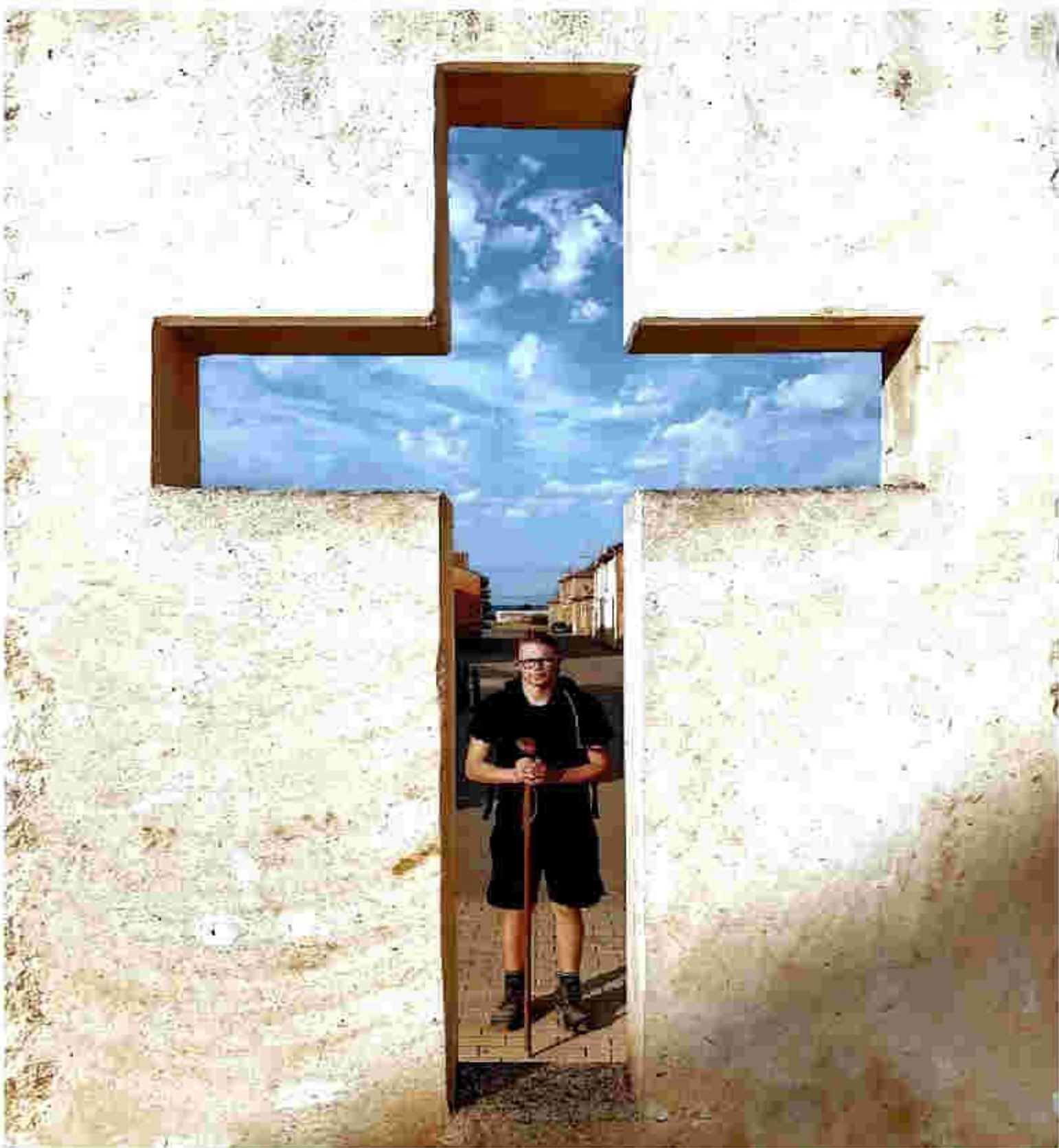
**Jesús les preguntó:
"Y vosotros, ¿quién
decís que soy
yo?" Simón Pedro
tomó la palabra y dijo:
"Tú eres el Mesías,
el Hijo del Dios vivo."**



A primera vista, la respuesta de Pedro parece la correcta: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Pero siguiendo el texto descubrimos que Pedro no había entendido nada del mensaje de Jesús. Él era el Mesías, el Ungido del Señor, pero las ideas de

Pedro sobre el Mesías no coinciden con las de Jesús. Pedro sueña con un Mesías triunfalista y Jesús piensa en un Mesías que iba a morir en una Cruz.



El Señor Jesús nos repite a cada uno su pregunta: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Una pregunta clara y directa, ante la cual no es posible huir o permanecer neutrales, ni postergar la respuesta o delegarla a otro. Pero en ello no hay nada de inquisitorio, es más, ¡está llena de amor! El amor de nuestro único Maestro, que hoy nos llama a renovar la fe en Él, reconociéndolo como Hijo de Dios y Señor de nuestra vida.



¿Quién es Jesús para mí? De nada sirve una respuesta "teórica", por más acertada que sea, si no lleva a "conectar" con lo que Jesús fue y vivió, porque no es una cuestión dirigida a la cabeza, sino a la vida: mi vida es la que tiene que decir quién es Cristo para mí. Siguiendo al Señor es como aprendemos a conocerlo cada día. Haciéndonos sus discípulos y acogiendo su Palabra nos convertimos en sus amigos y experimentamos su amor transformador.



“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus Caritas est, 1). No basta poseer la correcta confesión de fe: es necesario aprender siempre de nuevo del Señor el modo propio cómo Él es el Salvador y el camino por el que debemos seguirlo: el de la cruz, siempre difícil de aceptar.

Descubrir en Jesús la
presencia de Dios
y hacer que los demás
la descubran en mí...

es la única tarea que me
convertirá en cristiano.